

# El Eco de Cartagena.

AÑO XXVIII

DIARIO DE LA NOCHE

NUM. 8611

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

CONDICIONES

Cartagena.—1.º mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7.50 id.—Extranjero, tres meses, 11.25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 15 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro. La Redacción no responde de los anuncios, remitidos y comunicados, se reserva el derecho de no publicar lo que recibe, salvo el caso de obligación legal.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

**LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.**

Lunes 1.º de Octubre 1888

**CURA** inmediatamente los  
• Clases de Vómitos y  
• Diarreas (de los niños  
• de las vírgenes,  
• de los niños  
• Colera, Tifus,  
• Gonorrea, etc.)  
• Embarazadas  
• Catarros y úlceras en estómago

**RISUETO**  
• VIVAS PÉREZ

Disenterias, Vómitos (de los niños y de las embarazadas)

• EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS

## LA UNIÓN Y EL FENIX ESPAÑOL

COMPANIA DE SEGUROS REUNIDOS  
CAPITAL

Rs. vn. 48.000,000 efectivos,  
147.251,080 en reserva.

21 AÑOS DE EXISTENCIA Y VN. 126-245-344-77  
abonados por siniestros  
Seguros á prima fija contra incendios

—(o)—

Subdirección en Cartagena:  
**Viuda de Soro y Compañía,**  
Risueño 15 (antes Caballos.)

## LA SEMANA ANTERIOR

Hoy no puedo decir, como otras veces, que ningún acontecimiento notable ha ocurrido durante los últimos ocho días. De uno, bien ruidoso por cierto, han dado cuenta los periódicos locales, aunque si he de ser franco, no creo fuera necesario que ellos lo publicasen.

Fue tan estrepitosamente ruidoso, que él de por sí se hizo objeto de comidillas en todos los círculos, después de producir no pocos sustos en todo el vecindario de Cartagena.

No tengo para qué decir que se trata de la dinamita, que al ser embarcada la tarde del pasado miércoles, estalló con la fortuna de no producir ninguna lamentable desgracia.

No estoy enterado, pero según he oído, esta clase de materias no deben embarcarse del modo y manera que se estaba haciendo; de suerte, que la culpa de lo ocurrido y de lo que pudiera—casi lógicamente—haber pasado, corresponde totalmente á las personas que debieron impedir el embarque en la forma que se verificaba.

Ya que en esta ocasión la suerte nos ha favorecido, y que por ella, Cartagena no ha experimentado los horrores de un verdadero siniestro, creo justo y razonable que para en adelante se tomen precauciones á fin de evitar un nuevo susto, quizá, quizá con resultados funestísimos.

El diablo las carga, y quien quita la ocasión, quita el peligro.

El regimiento de Mallorca nos ha abandonado, la semana anterior.

Con armas y bagajes, tomó el caminito de Valencia, por el cual se dirigía á esta plaza el de España, (el Regimiento, se entendié.)

No es mi ánimo ofender á los ausentes; todo lo contrario. Ni ellos lo merecen, ni yo sería capaz de tal cosa; pero dicho sea con verdad, hemos salido ganando.

Naturalmente, entre Mallorca y España no cabe duda, la parte está por debajo del todo, y Mallorca es una parte de España... luego hemos ganado.

Y ahora que hablo de Regimientos, supongo que ya sabrán ustedes que el de

Sevilla, que también se encuentra de guardación aquí, piensa organizar un espectáculo á beneficio del Santo Hospital de Caridad.

Sin duda, la brillante oficialidad que compone el regimiento andaluz, siente ya por nuestra Virgen el mismo fervor que nosotros mismos, y como prueba le tiene tan presente, que para alimentar á los pobres que se cobijan en el Hospital de su nombre, realiza una función.

Merece amistad, simpatías, plácemes toda la oficialidad.

Yo desde luego, siento por ella cuanto dejo dicho, y aun me parece poco.

Otro de los acontecimientos de la semana, el más alegre y divertido según mi cuenta, ha sido la apertura del lindo Teatro Maíquez, verificada la noche de anteayer.

La curiosidad por conocer las reformas introducidas en el coliseo, de las que desde hace tiempo se ha venido ocupando la opinión pública, la presentación de la compañía y el estreno de dos obritas, eran suficientes motivos para que el sábado apareciera deslumbrante de esplendor el elegante teatrillo de la calle de S. Vicente.

Como ya ha dicho EL Eco, aquél ha ganado bastante en comodidad y seguridad con las obras llevadas á efecto: resulta—dadas sus reducidas dimensiones—hasta casi, casi espacioso

Me parece que no se puede pedir más.

Supongo que reunirá, al propio tiempo, todos los requisitos para caso de incendio; digo, supongo, porque de no ser así, tengo entendido que no se hubiera abierto. Al menos, eso dicen.

Basta de exordio y vamos á la compañía.

Del sexo bello, que bien puede llamarse así en esta ocasión, solamente conocíamos á la tiple Sra. Méndez. No hace mucho tiempo actuaba en este teatro Principal, dedicada entonces al género LARGO, como ahora se adjetiva el de zarzuela seria ó cómica, pero de tres actos. Entonces se la aplaudía justamente, hoy con mucho más motivo. Posee las mismas condiciones de que antes disfrutaba, tales como buena voz, afinación, etc. y el género es de menos dificultades.

En Nina, obra cuyo argumento—si hubiera pensado darlo á conocer á ustedes—me obligaría á hacer plancha, por la sencilla razón de que no logré entenderlo, la Méndez está muy bien, y basta.

La Sra. Martínez hace una preñada no delo, y la Srta. Hernández una niña muy obediente; mamá la mandó cañar y no despegó los labios en toda la noche.

Povedano, actor muy conocido de este público en años anteriores, hizo un tipo acabado de usurero, le sembró de detalles y logró en él, matener hilaridad en la concurrencia.

Los Sres. Quevedo y Rodolfo, según el programa (Recobar, según mis noticias,) interpretaron bien sus papeles, resultando un conjunto agradable. La música de esta zarzuela hace recordar y mucho á la de Niña Pancho, apesar de carecer de la frescura é inspiración que caracteriza á aquélla.

Los baturros fue el otro estreno de la

noche. De la obra no diré más que al público—en parte por supuesto—no satisizo demasiado. Resulta inocente é insulsa y no descuella por chispeante ni ingeniosa. Dos ó tres chistes sobresalen entre los muchos que contiene, como nuevos y bien traídos. Los restantes estamos causados de escucharlos.

El Sr. Povedano trabajó con gran le en el protagonista y sacó efectos donde realmente no existen. Hizo un baturro aragonés, perfectamente delineado

Su compañera fue la Srta. González, tiple desconocida de este público, quien hizo cuanto estaba de su parte por salir airosa de su cometido. Para mí lo consiguió. Tiene soltura y gracejo, y da vida á los papeles que se le confían.

Bien la Srta. Gómez, dama joven, en su corto papel, y discreto el Sr. Rodolfo.

El barítono Quevedo, canta con gusto é hizo en esta zarzuela, cuya música es deliciosa, un tipo perfecto de semi gomoso.

Los Toros de Puntas son muy conocidos.

Sólo hay que decir, al tratar de ellos, que resultaron de bastante buena ganadería

La González estuvo acertada, y Povedano no que luchaba con el recuerdo de otros apreciables artistas, sacó gran partido del papel y cantó muchas coplas en el zangá, zangá.

El Sr. González en el Boticario, medianero. El conjunto aceptable.

En resumen: la compañía, la primera noche ha complacido.

El coro tiene buen ver, que es bastante tener. La orquesta superior.

Todo muy bien, menos... el precio de los palcos. Parece que el público consideru elevado, el que han puesto, por sección, á cada uno

Pero esto tiene un remedio eficaz. Si la empresa lo juzga conveniente, hace una rebaja y listo. Veremos.

J.

## Variedades.

### ARTE DE MATAR IMPUNEMENTE.

—¿Ves aquél caballero tan buen mozo que recibe tantos saludos y sonríe tan afectuosamente á todo el mundo? Pues es un asesino.

—Si es... Hilario, persona muy estimada y respetable; que nadie te oiga, porque te llamarán calumniador. Y no teniendo pruebas no debes esparcir rumores que podrían enviarte á una prisión.

—Esto último, puedo asegurarte que no sucederá, sus delitos no están penados por el Código, no hiere, ni envenena, ni estrangula, ni deja rastro alguno material en los cadáveres. Mata á sus víctimas... de muerte natural.

—No te entiendo, replíqueme.

—Es que ignoras un fenómeno constante de la criminalidad. Has de saber que más aún que los asesinos, diezman á los hombres las personas queridas, acortándoles la vida á disgustos. No atraviesan el corazón con un puñal, pero producen en él lesiones incurables que minan la existencia: no ahorcan con un cordel, pero echan al cuello un lazo moral que sofoca y asfixia. Pues bien: Hilario ha hecho varias muertes.

—¿Estás seguro de lo que dices?

—Ya lo creo: tenía un padre que le adoraba y le consideraba como el mejor de los hijos: era un viejo venerable y honrado de rígidas ideas, y sin más defecto que una pasión senil que le hizo contraer matrimonio con una joven á los 63 años. Este enlace perjudicaba á Hilario y determinó conchuir con el peligro: después de haberse excusado durante dos meses en hacer un viaje para conocer á su madrastra, se puso al fin en camino para la casa paterna, al saber que su padre estaba enfermo. Al llegar, saludó friamente á su madrastra y se encerró en la alcoba con su padre y se sentó junto á la cama.

—Mi conciencia, le dijo, me impone una cruel obligación; pero no debo cumplirla si no me juras guardar el secreto, y no darte de él por advertido, aunque te valgas de él para defensa.

«La curiosidad y cierto recelo instintivo y sobre todo la influencia que ejercía el hijo, hicieron al anciano prestar el juramento. Entonces dijo Hilario á su padre:

—Perdóname si te atrevo, pero no puedo ocultártelo: la mujer que has elegido no es digna de tí.

—Eso es una calumnia: respondió el padre incorporándose en el lecho, iracundo y lleno de agitación.

—No lo es, padre mío; no lo es.

—Dime quién te lo ha dicho.

—¿Me perdonarás el daño que te haga?

—Sí, habla.

—Esa mujer—añadió el hijo aproximándose á su padre—ha sido mi querida.

«El padre de Hilario vivió tres días después de esta confesión dañada y falsa. Su hijo le había asesinado con una sola frase.»

—Tienes razón—contesté, haciendo un gesto de repugnancia:—el navajazo material es más noble que esa herida moral á traición y con alevosía.

—¿Quieres que te cuente otro asesinato?

—Prosigue las maldades de ese hombre.

—«Ha matado de miedo á su mujer, que le adoraba; era una criatura delicada y angelical, rica, y que le había hecho padre de dos niños, el mismo día en que ésta se hallaba en ese estado grave que produce el sobrepeso, Hilario, que se había salido por la noche, no volvió; puedes figurarte la noche de angustia que la enferma pasaría, y cuál sería su terror al recibir por la mañana una carta que decía sobre poco más ó menos.

«Estoy secuestrado y me obligan puñal en mano á escribirte estos renglones; si en el término de dos días no haces colocar en tal parte 10.000 duros, habrás quedado viuda.»

—Pero, ¿era verdad el secuestro?

—Todos lo creyeron así; la autoridad le buscó en vano, y á los seis días de estar ausente entró de noche en el pueblo, diciendo que se había escapado de los secuestradores.

—¿Y encontró muerta á su mujer?

—No; sobrevivió algún tiempo aún, pero herida de muerte y en un continuo espasmo, figurándose á cada momento que los secuestradores volvían á cautivar á su marido.

—No cuentes más infamias. Aun siendo verdad, son, por fortuna, excepciones y anomalías de perversidad que no convienen con la regla general que estableciste.

—Tienes razón, esto es excepcional; pero no lo es que muchos hijos y maridos acortan la vida de sus padres ó de sus esposas con martirios morales continuos y que no tienen defensa. ¡Cuántos amigos destruyen la felicidad del amigo bajo el seguro de la confianza, y le matan en secreto! ¡Cuántas mujeres pierden la razón y se suicidan por el engaño de la persona en quien habían depositado la fe! ¡Cómo alimentan personas interesadas é inti-